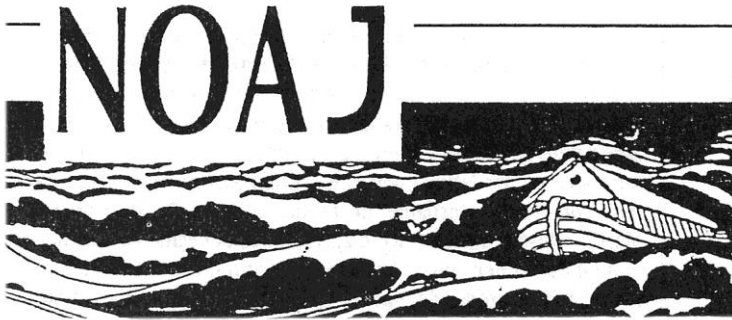




Año III, N°. 3-4, mayo de 1989

Feirstein, Ricardo. La unidad en la pluralidad. pp. 92-95

Ricardo
Feierstein

Compromiso del escritor judío en América
Latina:

La unidad en la pluralidad

Lector consecuente de Jean-Paul Sartre — quizás uno de los últimos sartreanos, de acuerdo a las arrolladoras ideas del posmodernismo, que limitan a una década después de su muerte la vigencia de cualquier pensador —, el sugerir la palabra “compromiso” me remite a una necesidad de acción concreta sobre la realidad social inmediata, a través de la tarea intelectual (nuestro oficio o nuestra trinchera, de acuerdo al nivel de énfasis elegido). En tanto escritor judío latinoamericano, visualizo dos maneras posibles de concretar este compromiso:

1. Contribuir — por acción u omisión — a la liquidación de la diáspora y sus posibilidades de creación cultural desde un punto de vista judío autónomo, reivindicando la prognosis sionista clásica, o eligiendo el silencio y la asimilación al medio mayoritario donde hemos nacido y vivimos.

2. Desplegar en la literatura y la experiencia cotidiana un espacio para recibir esta condición (fáctica) judía y latinoamericana, nuevo y difuso mestizaje en construcción que se aventura por los caminos de una identidad producto de la integración entre los rasgos de grupos judíos minoritarios y las estructuras (tam-

bién mestizadas) que, a lo largo de los últimos cuatro siglos, trabajosamente, ha ido construyendo una cultura americana mayoritaria, aún no catalizada de manera definitiva. De esta mezcla creadora podrá surgir un tercer producto, dialécticamente superador de los que le dieron origen.

Quisiera apostar por la segunda posibilidad, la de la vida.

Intentaré plantear, entonces, algunas de los posibles desarrollos de esta idea.

En el judaísmo latinoamericano todo está por hacerse. A diferencia de otras diásporas como las europeas, las del norte de África, la rusa o la norteamericana, que poseen rasgos diferenciados y reconocibles surgidos del intercambio con el medio donde estaban insertas, la personalidad del judaísmo latinoamericano es difusa y poco clara. El nuestro es un **judaísmo subdesarrollado** por su juventud, el escaso avance demográfico y la falta de una honda tradición cultural y religiosa. Como casi toda comunidad judía, las latinoamericanas — con sus naturales diferencias regionales, que deberían estudiarse por separado — protagonizan por una parte procesos organizativos y socioeconómicos que las vinculan en forma diversa con su entorno inmediato, no judío; por otro lado, poseen una especial relación con Israel y con el resto de las diásporas, desarrollando en cada caso lazos diversos, una **dialéctica de espejo** donde unas se reflejan en otras, comunicando los vasos en los que circula la savia judía repartida por el mundo.

La falta de consolidación de estas comunidades lleva a la

*Argentino, 1942.
Narrador, poeta,
ensayista y
periodista. Publicó
entre otros Cuentos
para hombre
solos; la trilogía
narrativa Sinfonía
inocente (El
caramelo
descompuesto,
Entre la Izquierda
y la pared, Escala
uno en cincuenta);
La vida no es
sueño (cuentos); y
en 1988 la novela
Mestizo.*

pregunta siguiente: ¿tiene el judaísmo latinoamericano algo para decir en la próxima generación, con voz propia y reconocible?

La reiterada pregunta sobre **el grado de judaísmo** de las expresiones culturales latinoamericanas encubre, en realidad, la más profunda cuestión acerca de si es posible la creación cultural en la diáspora. Este desplazamiento semántico precede, casi inevitablemente, al error de pretender juzgar una obra literaria de acuerdo a su porcentaje de judaísmo, sionismo o religiosidad. El sentimiento culposos de buena parte de las comunidades judías por vivir fuera de Israel coadyuva a este enfoque incorrecto.

La obra literaria está compuesta por palabras, es decir, signos que remiten a algo exterior a ellas mismas. Lo que separa un texto poético de un recetario de cocina o de un manual de derecho romano es su específico **valor literario**, que surge no sólo de las ideas, sino de la manera en que esta materia prima — el lenguaje — se desarrolla, combina sus partes, genera sus propias leyes. Este valor es independiente de las cargas ideológicas que se pretenden adosarle al texto. No es lícito confundir el **juicio moral** sobre un autor con el **valor literario** de su producción.

Esto genera un espacio paradójico de discusión respecto a las obras producidas por los judíos latinoamericanos. Desde un punto de vista objetivo, para los sostenedores de la infertilidad diaspórica, cuando peor estén los judíos de la diáspora, mejor será. El aumento del antisemitismo, las crisis económicas, la pobreza y chatura de una comunidad vacía de contenidos espirituales, contribuirán a su desintegración y acelerarán el proceso de inmigración a Israel. Este esquema, aunque burdo, se acerca a la teoría

del círculo vicioso: es necesario concientizar y educar a los judíos del mundo, combatir la asimilación, reforzar sus lazos comunitarios, convocarlos a congresos y, al mismo tiempo, no debe valorizarse demasiado a esa diáspora cuyo solo nombre se aborrece, esa dispersión anormal que no puede ofrecerle posibilidades de desarrollarse íntegramente como persona. Algunas voces llaman a los escritores para que acompañen con su creación y, a la vez, les advierten que sus esfuerzos son inútiles, que están condenados a ser espectadores de una obra cuyo escenario está en Israel. En América Latina, a lo sumo, podrán discutir su ubicación en la platea. Pero no serán primeros actores, ni siquiera figuras de reparto en la compañía teatral.

Este diagrama cultural, imperfectamente reseñado, posee las características **imperiales** — para decirlo en términos internacionales — de la **relación Norte-Sur**, vista desde el primero de esos extremos. La “cultura judía desarrollada” (Israel, en primer término, pero también Estados Unidos o los ecos de la Europa oriental) plantea como herramienta de análisis un rígido par **judío-no judío**, definido de una vez y para siempre, desde el origen “natural” de los tiempos políticos y nacionales. En esa tesitura, no existe comparación posible entre una cosmovisión religiosa y tradicional amasada a través de muchos siglos y los tímidos emprendimientos de jóvenes comunidades judías latinoamericanas en un continente mestizo, en formación, inacabado en términos de identidad. Es la diferencia entre “dialogar” y “recibir instrucciones”.

Las estadísticas agotan el problema. Más allá de su escaso

peso demográfico — quizás un millón de judíos en todo el continente, quizás algo menos — ascienden a centenares las obras producidas alrededor de esta nueva y peculiar dialéctica entre mayorías y minorías, ambas nativas del lugar. Las nuevas generaciones judías han ido apropiándose de espacios y códigos que disminuyen la distancia de sus padres y abuelos inmigrantes con el medio adonde arribaron en su huida desde la Europa asolada.

La fuerza de los hechos parece sobreponerse a las estadísticas. Mientras nosotros discutimos sobre nuestra existencia real, hace años que los ojos de estudiosos de todo el orbe escudriñan las realizaciones culturales y tratan de conjeturar posibles líneas de desarrollo para estas jóvenes comunidades.

Más de un lustro ha transcurrido ya desde la creación de LAJSA (**Latin American Jewish Studies Association**), entidad que agrupa a cerca de cuatrocientos investigadores y profesores universitarios de todo el mundo, que analizan la experiencia judía en América Latina, habiéndose realizado varios congresos internacionales en Estados Unidos, Israel y Argentina.

¿Y qué es lo que caracteriza a los judíos latinoamericanos? Su **hibridez**. Salvo casos aislados que van encontrando su lenta salida (países árabes, URSS, Etiopía), en las comunidades judías del mundo la diáspora pierde su característica de **condena**.

A partir de la creación del estado hebreo, el *galut* (el exilio) dejó de ser una fatalidad histórica. La totalidad de los judíos dispersos por el mundo tuvo (y tiene) el fascinante privilegio de acabar con esa situación de anormalidad y emigrar hacia la

formación nacional en la tierra recobrada. El problema de identidad pasa entonces a definirse entre Israel y los grupos judíos del mundo que deciden permanecer en sus lugares de residencia. llámense Estados Unidos, Europa o América Latina.

Esto origina una nueva dialéctica de relaciones, que precisará de la elaboración del fin de la diáspora y la decisión voluntaria de vivir en otra tierra que la israelí. A la vez, la emergencia del Estado hebreo como **foco normativo** unifica las miradas y se convierte en referencia ineludible para los judíos del mundo que optan por asumir su historia y su condición. Las necesarias tolerancias mutuas y diálogos entre iguales que sobrevendrán podrán estructurar esta — en definitiva — peculiar normalización del pueblo judío y la armonía entre sus partes constitutivas.

¿Qué hacer, entonces, con esta **hibridez judía latinoamericana**?

Se trata de un mestizaje poco teorizable. Encuentra mayor despliegue en países protestantes, más pluralistas (como Estados Unidos), y ciertas dificultades y posibilidad de conflicto en comunidades de origen católico, sobre todo cuando ello va unido a una inestabilidad de la democracia que puede desembocar en situaciones peligrosas para los grupos judíos residentes. La alternativa pluralista, por su parte, no es lineal y enfrenta serios intentos de homogeneizar procesos y poblaciones, al servicio de ideologías diversas. Pero, precisamente, el desarrollo de ida y vuelta, culpas y raíces, conflictos y encuentros, va dibujando un perfil definido e identificable. Surge la oportunidad de aprovechar positivamente esta mezcla, despojándola de connotaciones peyorativas y reve-

lando la riqueza de todas las vertientes que componen la manera de ser: judías europeas e indígenas americanas, conquista española y tradición sefaradí, música del altiplano y danzas de Europa oriental, hebreo y castellano, luchas de los macabeos y movimientos independentistas americanos, polacos y araucanos, Talmud y Popol Vuh, callejuelas de Tzfat y arrabales de Lima, lunfardo porteño y giros idiomáticos del idish incorporados a lo cotidiano, violín de Chagall y guitarra de Atahualpa Yupanqui, revolución sionista y revolución cubana.

Escindidos en vertientes que no han elegido, los escritores judíos latinoamericanos pueden optar, vitalmente, por tratar de integrarlas. Buscar la unidad en la pluralidad. El reconocimiento del mestizaje transforma la amenaza de mutilación — tener que elegir uno u otro, sacrificar un costado para integrar el siguiente — en desarrollo de una personalidad. Las distintas afirmaciones se reflejan estas en aquellas, influyéndose mutuamente para buscar la síntesis, respetando las voces de la genealogía y las características regionales de Perú y México, Venezuela y Argentina, Brasil y Uruguay.

Hubo y hay grupos judíos en todo el mundo. Cada vez con distinta forma, pero similar **contenido**. Aquí se trata de encontrar **la forma** de ser judíos latinoamericanos sin violentar ninguno de los aspectos de una **personalidad bifronte**.

Cada una de estas formas modifica cualitativamente el contenido que representa. El judaísmo ruso es distinto del sirio, el francés o el sudafricano. Sobre una matriz común, cada forma

La unidad en la pluralidad

elegida cambia aspectos de la personalidad judía, la dota de matices peculiares.

El mestizaje judío latinoamericano es un desafío, antes que una realidad acabada. Sólo se entiende imaginando al judaísmo como una realidad abierta, en permanente construcción, antes que como la adhesión a códigos y tradiciones cerradas e inmodificables. La reivindicación alegre y positiva de esta judeidad latinoamericana transforma lo que era muda y torpe castración en descubrimiento de las raíces. La tierra americana, patria irrenunciable de la infancia o lugar de elección vital, es el otro pilar sobre el que se apoya esta definición.

La insistencia casi obsesiva en la reivindicación de la diferencia y el amor por la unidad constituyen el núcleo central donde podrá desplegarse una producción literaria.

En ese camino, facetado por los múltiples cristales de un poliedro en formación, el escritor judío latinoamericano puede hallar un lugar de compromiso fecundo y creador. Se trata de la trabajosa búsqueda de una identidad mestiza que permita integrar la transmisión de las raíces, las cotidianas experiencias del tronco vivencial crecido en tierra americana y, con el reflejo de la existencia israelí, el despliegue hacia el futuro de ramas y frutos: construcción, en esencia, del completo árbol de la vida — plural y unitario — que cada ser humano aspira a delinear con su propia existencia.

El viejo maestro Sartre no hubiera desdeñado este desafío. Nosotros tampoco.

